

LAS HISTORIAS DE LOS HISTORIADORES TAMBIEN SON HISTORICAS
ANALISIS HISTORICO

MANUEL MAZA, S.J.

INTRODUCCION: "DESDE UN LUGAR SIN HISTORIA"

Escribo estas líneas desde un lugar sin historia: un barrio marginado, Los Guandules. Hace 7 años me mudé a esta margen del río Ozama. La mayoría de los 24,841 habitantes de la parroquia "Domingo Savio" viven inmersos en el inmediatismo de la lucha por la vida. Apenas si hay una distancia entre los sujetos, los objetos y la basura. El hombre se vuelve triciclo en el sudoroso pedalear. La mujer se reduce a sus manos de lavandera, cocinera equilibrista, vigilante de niños molestos criminalmente estimulados por un medio que se vuelve fin. No hay distancia entre la gente en este apretujamiento de viviendas que es el barrio. Cada día hay menos espacio. En el tiempo y el espacio, todo el que puede corre la carrera contra la comida, saltando como los niños del barrio la tarea de los precios cada día más altos.

Los recuerdos se agolpan en la mente: una vez que vieron pasar al Jefe, la Revolución de abril, el día que inauguraron el puente de la calle 17, las caravanas de los políticos de las elecciones del 78 y luego de las del 82, riéndose del barrio; mientras la cañada de Bonavides, con su mal aliento, como una boca gigantesca se ríe de los políticos por algo que sabe y calla.

En otras partes de esta isla amacheteada, entre las familias de la clase alta no faltan los libros de Pirenne, algunos títulos de la editorial Siglo XXI, la Enciclopedia Dominicana, el manual de Moya Pons, los tomos de Cassá...

Se memorizan los textos mágicos para sacar buenas notas. Se investigan los acontecimientos mundiales, pues "los grandes procesos de la gran historia" han sucedido en el extranjero. Menos mal que las empresas de televisión de vez en cuando nos favorecen con alguna serie relevante, torturándonos sádicamente con mil anuncios.

En la clase media emergente se aprenden nombres de héroes famosos para poder dejarlos caer en alguna tertulia. Otros inventan el pasado con las piezas que su grupo político les proporciona y lo pintan con el color de su bandera. Los más osados le dan carnet del partido, y los más munificentes petrifican el pasado en poses de su antojo con estatuas emplazadas en rotondas entrometidas seleccionadas por su lógica indescifrable.

No faltan, los que, casi sin recursos, le socavan el pedestal a más de un prócer, o dan por tierra con mitos prestigiosos. Ellos son los verdaderos descubridores de estos dos tercios de terruño adolescente: Santo Domingo, del cual no sabemos todavía si es un Santo en eterna bachata dominguera, o si es el más relajado de los Domingos disfrazado de santo.

El pueblo dominicano va pasando del mito a la historia. Y eso, a pesar de que en este país todavía haya gente que explique la miseria exclamando que "ésta es la tierra de María Santísima" o "éste es un paísito muy especial". Gradualmente las nuevas generaciones exigen explicaciones más sólidas que la repetición simplista de motivos raciales y geográficos para entender lo que somos.

Los medios de comunicación sin quererlo nos colocan ante la prosperidad y sofisticados niveles organizativos de otros pueblos y nos fuerzan a comparar y preguntarnos: ¿cómo hemos llegado a ser lo que somos? ¿Qué hemos sido? ¿Cuáles han sido nuestras relaciones con otros pueblos? Ante la creciente invasión cultural, algunos espíritus inquietos profundizan en los cuestionamientos de la identidad, ¿quiénes somos como pueblo? ¿Qué podemos ser? ¿Cuáles son las fuentes de nuestra identidad, sus determinaciones auténticas? Pero esto sólo se da en una minoría. En contra de un interés serio por la historia milita nuestro ser de isla, cortados, "aislados" en una realidad engañosamente autosuficiente donde todo lo que está de este lado de la frontera parece ser dominicano. El Atlántico y el Caribe resaltan nuestra unicidad de manera desproporcionada y ahogan y achatán cualquier inquietud de comprender los procesos buscando más allá de estos cocos y arenas.

Para descubrir nuestra geografía, Colón tuvo que navegar contra la idea popular de que la tierra era plana, contra el falso miedo de caer en no sé qué abismo de monstruos implacables. Para hacer historia aquí, nosotros tendremos que ascender penosamente escalando la redondez de este mundo que nos mantiene abajo, "caídos" como subhumanos monstruos indocumentados y sin historia.

1.- ¿QUE ES HISTORIA?

Originalmente la palabra historia viene del verbo griego "historein", investigar, indagar. En castellano historia es un sustantivo, pero en griego es un verbo, una acción que continúa, proceso incompleto, inacabado. La historia es acción que cada generación debe asumir nuevamente para darle la impronta de

sus interrogantes. No será "verbo" mientras el sujeto no la haya hecho suya. El verbo "historein" de sí mismo no dice nada. Es erróneo afirmar "la historia nos enseña" porque la historia de por sí no enseña nada, no impone ejemplos y doctrinas, depende de los historiadores.¹

El historiar, como todos los verbos, está afectado no sólo por el sujeto, sino también determinado por los complementos, dónde se realiza esta actividad, para quién, cuándo, con quién, cómo y más directamente, qué pretende.

1.1. ¿Qué estudia la historia?

Bloch definió la historia como la ciencia de los hombres en el tiempo². Lo humano es aquí lo que los hombres deciden y hacen, pero también lo que padecen, el estudio de aquellas fuerzas y estructuras que lo condicionan como individuo y como ser social. Es obvio que el historiador echará mano de otras ciencias humanas en su afán por comprender el proceso vivo, convencido de que lo que estudia no se reduce a ninguna de ellas, sin por ello renunciar a utilizarlas como lentes que precisen una realidad, que siempre las desborda. Por ejemplo, la Historia Moderna de México a cargo de Daniel Cosío Villegas centró sus estudios en tres aspectos de la realidad: lo político, lo social y lo económico. Al concluir sus labores, Cosío Villegas con la honradez que siempre le caracterizó, reconocía:

*"A estas alturas, la limitación más sensible que yo encuentro es el aspecto cultural de la Historia Moderna. Cuando se planeó, era corriente la idea de que la historia cultural es una parte de la social. Hoy prevalece la de que, al menos en ciertos casos, la historia cultural debe separarse de la social y ser tratada aparte, especial o específicamente"*³.

1.2. ¿La Historia, una ciencia?

El quehacer histórico es racional, se realiza a la luz de la razón, intenta explicar lo sucedido entre los hombres sin recurrir a los dioses, a la divina providencia, al "fatum", o las parcas, el destino, la fortuna, los hados. En este sentido, la historia es ciencia, conocimiento fundamentado objetivamente a partir de evidencias comprobables. Para quien sostenga que el único modelo de ciencia es el de las llamadas ciencias físicas o naturales, entonces la historia no es ciencia, pues no procede por demostraciones inmediatas e irrefutables, ni formula certeza absolutas en la forma de leyes universalmente vigentes.⁴

Pero, ¿son las matemáticas el único lenguaje capaz de comunicar conocimientos de manera precisa? ¿Son las matemáticas el lenguaje adecuado para transmitir nuestro saber acerca de lo humano? Sin caer en los excesos de las matemáticas, Pierre Vilar quisiera hacer del historiador un físico:

“Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico. El sentido esencial de la investigación causal del historiador, consiste en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico, gracias a los cuales la incertidumbre aparente de los acontecimientos particulares se desvanece ante la información global de la que carecían sus contemporáneos, y que nosotros podemos tener. El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador”⁵.

A esta posición de Vilar podemos oponer la de Ernst Cassirer:

“...resulta imposible —reducir— el pensamiento histórico al método del pensamiento científico. Aunque conociéramos todas las leyes de la naturaleza, aunque pudiéramos aplicar al hombre todas nuestras reglas estadísticas, económicas y sociológicas, no nos serviría para —ver— al hombre en este aspecto especial y en su forma individual. No nos movemos en un universo físico sino simbólico. . . Si buscáramos un epígrafe general al que hubiésemos de subsumir el conocimiento histórico tendríamos que señalarlo, no como una rama de la física, sino como una rama de la semántica . . . la historia se halla incluida en el campo de la hermenéutica y no en el de la ciencia natural. . .”⁶.

1.3. La historia como recuerdo, recuperación e invento.⁷

Al intentar comprender el pasado, la historia lo recuerda. En esto consiste una de sus grandes contribuciones. Ya lo decía Herodoto al comienzo de su historia:

“Herodoto de Halicarnaso expone aquí sus investigaciones para impedir que lo que han hecho los hombres se desvanezca con el tiempo y que grandes y maravillosas hazañas recogidas tanto por los griegos como por los bárbaros, dejen de nombrarse”⁸.

Pero historiar no es un simple recordar neutro, ciudadano fuera de sospecha. Recordamos según nuestros intereses y preocupaciones inmediatas. Muchas veces los hechos y hazañas que se traen a la memoria han sido cuidadosamente seleccionados y tamizados de acuerdo a determinados intereses y proyectos.

Todos los grupos humanos han recordado los sucesos del pasado y han hecho afirmaciones acerca de ellos. Pero este recordar que pertenece al sentido común de un grupo humano, no puede ser llamado historia propiamente, porque no hay investigación, ni se busca partir de evidencias objetivas. Estos recuerdos heroicos de personajes y situaciones sirven fines bien determinados. Ninguna

conmemoración patria es inocente. El pasado así recordado lo es a nuestra imagen y semejanza. ¿A quién se parecen los padres de la patria? ¿Por qué los soldados de a pie, los que cayeron en la primera descarga, con los primeros machetazos, apenas sí tienen mérito alguno al lado de los marmóreos padres de la patria? Los recuerdos colectivos no resisten el embate ideológico de los que detentan el poder en la sociedad, máxime cuando éstos controlan todos los medios de comunicación y pueden repetir infinitamente su versión enlatada de lo que sucedió.

Si el recordar ingenuo no es historia, mucho menos lo son las invenciones y adornos con que a propósito se embellece la vida de ciertos héroes pasados, maquillados para que se parezcan a los dirigentes y partidos actuales.⁹

La investigación histórica es un intento por recobrar el pasado. La historia evita el inventar, y el simplemente recordar; no pretende construir resultados predeterminados, ni probar determinadas teorías, ni juzgar tal o cual figura moralmente. Más que buscar lecciones en el pasado como lo harían Polibio († 120 A.C.) o Plutarco († 120 D.C.), el historiador se adentra en las evidencias disponibles para ampliar la simpatía básica que existe entre nosotros y aquellos humanos del pasado con el fin de comprenderlos en su contexto, ante sus retos y limitaciones, en la trama de fuerzas que los marcaron y que ellos a su vez afectaron.

Incluso para que el pasado pueda ser aleccionador y útil, es necesario someterse al penoso y desafiante trabajo de buscar la verdad. Esto ya lo veía Tucídides (c. 460 — 400 A.C.) cuando escribió:

*"... aquellos que quisiesen saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil y provechosa mi historia; porque mi intención no es componer farsa o comedia que dé placer un rato, sino una historia provechosa que dure para siempre"*¹⁰.

1.4. ¿Qué pretende la historia?

Los objetivos de la historia se relacionan con sus presupuestos fundamentales, pues buscamos solamente aquello que asumimos podemos encontrar. Herodoto, lo hemos visto, quería salvar del olvido las hazañas y gestas de los hombres de su tiempo, movido quizás por la convicción de que la historia tiende a repetirse, o quizás persuadido de que aquellos relatos prestarían algún servicio a sus sucesores, pues en ellos se captaba lo que hay inmutable e imperecedero dentro del flujo de los acontecimientos. Tucídides pensaba igual¹¹. Cicerón, y con él toda la civilización occidental, estaba persuadido de que la historia es maestra de la vida "historia magistra vitae". Todavía hoy en día la enseñanza oficial a nivel mundial presenta ante las mentes juveniles su versión del pasado

para estimular a los jóvenes, a emular las heroicidades de ilustres antecesores. Muchas veces "lo heroico" ha sido cuidadosamente determinado por los grupos dominantes.

Muy temprano, entre las primeras obras escritas aparecen los relatos históricos cuyo fin es justificar ciertas acciones perpetradas por un grupo humano sobre otro. Es la historia de los vendedores, su última victoria sobre los vencidos. En América Latina este tipo de historiar se encuentra entre los cronistas de Indias, digamos Oviedo por ejemplo. Sin quitar que algunos de ellos, como Bernal Dfiez del Castillo, exponen con toda candidez los excesos de los conquistadores en toda su crudeza.

Durante los siglos XVI y XVII la Reforma Protestante motivó una indagación de envergadura sobre los orígenes de muchas instituciones cristianas, verdadero campo de batalla entre las diversas confesiones. Este debate forzó a los contendientes a ofrecer pruebas documentales de sus afirmaciones y a perfeccionar sus técnicas de investigación, piénsese en los Bolandistas, por ejemplo. En el siglo XVIII, encontramos historias elaboradas con el fin de relativizar convenciones e instituciones de corte europeo, tenidas hasta entonces por "humanas" y "naturales" por el mero hecho de ser europeas.

Una finalidad de la historia siempre ha sido socializar al lector con el universo histórico presentado. Al dar conciencia de la comunidad de orígenes, el grupo humano se consolida en su identidad. Los clanes de Israel se integran más y más al percatarse que tienen antecesores y gestas pasadas comunes.

Otra constante meta del quehacer histórico ha sido el estudio del pasado como clave para comprender el presente, y poder vislumbrar las posibles direcciones futuras de los acontecimientos, al captar tendencias fundamentales. Según Jakob Burckhardt, el historiador intenta "establecer los elementos constantes, recurrentes, típicos, porque tales elementos pueden evocar un eco resonante en nuestro intelecto y en nuestro sentimiento" ¹².

Recientemente, Manuel Moreno Fraginals definía la historia como un arma para desentrañar las formas de explotación que llegan hasta el presente. Así Moreno Fraginals coincide con Pierre Vilar para quien la historia es un instrumento de análisis con el que aprehender el pasado para comprender el presente y transformarlo ¹³. Este afán de comprender el presente siempre mueve a los historiadores, pero se agudiza en los momentos de crisis, cuando la identidad, o la supervivencia de una sociedad se ven amenazadas, empujadas contra una encrucijada de consecuencias imprevisibles, o cuando un pueblo se lame las heridas de una guerra y mira al proceso que le llevó a la conflagración donde perdiera sus mejores hombres y energías ¹⁴.

En conclusión, aunque no se lo proponga explícitamente, toda historia intenta responder qué es el hombre, qué sentido tiene esta realidad que moldeamos mientras ella misma nos moldea. Implícitamente al narrar una historia y comunicar un proceso humano se liberan energías para crear, se busca emocionar, regocijar, romper el yugo del pasado, desmitificando personas, sucesos e instituciones, mostrando el humilde proceso y la constelación de variables por las que llegaron a ser lo que han sido, interpretando lo acontecido para poder comprenderlo. En palabras de Ernst Cassirer: "...el tema general y la meta última del conocimiento histórico es una comprensión de la vida humana. ... comprender y sentir la vida de donde brotaron"¹⁵.

Todos estos objetivos y finalidades parten de cuatro presupuestos mayores: primero, que el presente no se explica a sí mismo adecuadamente, que para captar su direccionalidad hay que remontarse hacia la altura de la historia y analizar sus orígenes para percibir lo que tiene de nuevo y de viejo. En segundo lugar, la historia, como toda actividad racional en busca de una objetividad constatable, supone la posibilidad de salir y criticar nuestros presupuestos y metodologías adquiridas, supone que al usar nuestra razón, no sólo inventamos sino que también descubrimos¹⁶. Tercero, la historia da por sentado que el presente no puede ser absolutamente distinto del pasado hasta el punto que nos resultara imposible el franquear la distancia del tiempo. En palabras del ya citado Cosío Villegas: "...como en la vida de los pueblos no se dan los milagros, ni siquiera la transformación rápida y espectacular, pareció necesario hallar los antecedentes de ese supuesto milagro para explicarlo y de paso quitarle su falso ropaje de tal"¹⁷. Finalmente, la historia da por establecido que los acontecimientos pasados influyen la situación presente de muchas maneras y por diversos canales y no solamente "en fila india"¹⁸. Si la teoría de "la fila india" fuera cierta, entonces la empresa histórica se reduciría a un estudio monótono de instantes autosuficientes y cerrados sobre sí mismos.

2.- EL METODO HISTORICO

Pero, ¿cómo logra el historiador criticar sus presupuestos, acceder a una objetividad constatable, propia del saber racional y científico? Tratamos aquí de la cuestión del método. En griego, metodología significa literalmente, "de acuerdo al camino", riguroso ejercicio de sometimiento a la vía angosta que permite acercarse al fin pretendido. Aquí será, ampliar nuestra comprensión del pasado.

2.1. La Observación Histórica

Marc Bloch señala el hecho de que el historiador, a diferencia de otros investigadores, no tiene acceso directo a la evidencia que analiza, pues como él

mismo lo afirma, "nuestro conocimiento del pasado es siempre indirecto"¹⁹. El historiador examina los restos de presentes únicos e irrepetibles. Es ya un lugar común afirmar que el historiador no puede, como el físico, recrear ni siquiera en condiciones artificiales, las circunstancias y caracteres que determinaron ciertos sucesos ya acontecidos. Pero esto no debe asustar a nadie. También nuestro conocimiento de múltiples realidades decisivas en la hora presente, es indirecto, irremediamente y la benevolencia sospechosa de las multinacionales de la información.

Nuestro acceso actual a evidencias presentes, ¿nos coloca en mejores condiciones interpretativas que la perspectiva y la distancia ofrecidas por la historia? Bloch se inclina por la segunda afirmación. Hoy en día podemos examinar con mayor exactitud y comprensión la gesta independentista, que el reporte más exacto de los gritos y la sarta de pensamientos angustiosos en las mentes de los andulleros jadeantes, corriendo, el arma blanca en la mano, al encuentro de los haitianos aquel 30 de marzo de 1844.

2.2. La huella clave: el documento

Pero para este examen necesitamos huellas, algo a examinar. Bloch piensa que las huellas de evidencia más seria son los restos del pasado, aquellos materiales que provienen del proceso que se quiere analizar. Por restos, podemos entender, los fósiles, un templo, un traje ceremonial, un rito que aún se realiza conforme a cánones antiquísimos, un cementerio, un monumento, un memorial de batallas, un camino. Es ya un hecho admitido en el quehacer histórico, el darle la preferencia a los restos escritos, a los documentos. A través de ellos nos habla el pasado con su propia voz. La Declaración de los Derechos Humanos de la Revolución Francesa será siempre un testimonio del sentir de ciertos sectores revolucionarios, a fines del siglo XVIII, y de sus exigencias para la convivencia social. Los documentos son como los testigos de un juicio, ellos comunican evidencia. Pero precisamente por eso deben ser examinados y careados entre sí y con su contexto para poder discernir el valor de la evidencia que comunican.

Discernir, actividad clave del historiador. En todo discernimiento hay un bisturí afilado que separa, enjuicia, analiza la evidencia, al tiempo que la pondera.

2.3. Examinando los documentos

Al auscultar minuciosamente la evidencia de documentos aparentemente inocentes y respetables, se descubren las intenciones de quienes los fabricaron. Baste recordar el célebre caso de los documentos relativos a la Donación de Constantino el Grande al Papa Silvestre I. Lorenzo Valla examinó el lenguaje

empleado por el documento y echó por tierra las pretensiones propietarias del papado en su célebre "Discurso acerca de la falsificación de la supuesta donación de Constantino". Poco faltó para que la inquisición le echara tierra a nuestro Valla por cuestionar una creencia mantenida durante los siglos IX al XV. No fue casual que Valla escribiera su estudio bajo la protección de Alfonso V, rey de Aragón y Sicilia, enemigo jurado del Papa Eugenio IV. Añadamos que más tarde Lorenzo Valla fue secretario de otro Papa con más sentido pragmático, capaz de valorar las dotes de un investigador fuera de serie ²⁰.

A la hora de examinar los documentos es necesario establecer: quién fue su autor, en qué época fueron compuestos, con qué fin, dentro de cuáles circunstancias, y movidos por qué fuerzas históricas. Nosotros, pueblos de cultura oral, adoradores de toda palabra escrita como sacrosanta e inmaculada, damos por inocente a todo documento, mientras no se demuestre lo contrario. Pero con frecuencia esas piezas escritas distorsionan los hechos y esconden y disfrazan de humanismo altruista sus verdaderas intenciones. No sabemos si se construirá o no la presa de Madrigal; pero tantos nobles ciudadanos se han pronunciado sobre ella, que haría falta otro Madrigal para contener la tinta que ya se ha derramado.

2.4. Algunas técnicas para el examen de documentos

El historiador dispone de varios caminos para establecer la genuinidad y credibilidad de una pieza histórica, todas ellas en el fondo se apoyan en el principio de contrariedad: "una afirmación y la contraria no pueden ser verdaderas al mismo tiempo", y manejan la comparación como su espada invencible. Se comparan los documentos para advertir si provienen de un mismo autor, de la época a la que aseveran pertenecer. Se comparan estilos, conceptos, presupuestos, contextos. Tarde o temprano por brillante que sea el impostor, su falsificación aparece, o por demasiado similar, o por desigualdades escandalosas, pues como lo asegura Marc Bloch, "nadie puede eximirse del lento crecer de las generaciones por la mera fuerza de su ingenio" ²¹.

2.5. Límites de los documentos

Pero ni siquiera una vez establecido el justo valor de un documento, ha realizado el historiador la tercera parte de su trabajo. Tendrá ahora que cerciorarse de su vigencia y relevancia para establecer tal o cual práctica. Tomemos por ejemplo las discutidas Leyes de Indias. Ya el historiador tiene ante sus ojos, digamos, la copia mejor de las Leyes de Burgos, que según Konetzke es la copia destinada para la isla de San Juan ²².

AGN

Ya ha establecido todos los rasgos determinantes: autor, fecha, circunstancias, presupuestos ideológicos, crisis inmediata de La Española, que determina la Junta de Burgos de 1511, personajes que la componen, etc. Sin embargo, todavía quedará un cuestionamiento, un verdadero campo de batalla donde llevan luchando casi cinco siglos ejércitos de historiadores: ¿hasta qué punto se implementaron dichas leyes? Los otros documentos podrán ofrecer informaciones a este respecto, pero aquí el historiador necesitará una teoría del funcionamiento de la sociedad, de la interrelación entre los diversos intereses organizados, de las posibilidades que tienen de defender sus derechos los grupos exteriores o marginales al poder establecido. Pues si hoy en día la existencia de una ley aprobada no significa que su contenido se aplique, tampoco en épocas anteriores, máxime cuando el Atlántico, los Andes y la novedad del descubrimiento ponían a merced de la autoridad local la implementación de todas las decisiones y medidas de la Corona Española.

3.— LA META DE TODO HISTORIADOR: COMPRENDER

Los documentos mismos no hacen historia, son como testigos que dependen de las preguntas del fiscal. Lo que es evidencia palpable para algunos, es pasado por alto por otros, carentes de preguntas pertinentes. Para comprender, el historiador como todo investigador, depende de sus preguntas²³. Las más elementales, "¿dónde?", "¿cuándo?" situan en el tiempo y el espacio la evidencia que se posee, tarea relativamente fácil en muchos casos. El trabajo arduo de comprensión reside en captar la significación de un proceso o hecho particular pues aquí el historiador maneja la herramienta más polémica: la causalidad.

3.1. Los documentos nos hablan del pasado, pero no son el pasado

En un hecho constatable que se da una relación inteligible entre determinadas ocurrencias históricas, es decir, constatamos una relación de origen, de dependencia entre unos sucesos y otros. Comprender un determinado proceso es, entre otras cosas, identificar sus antecedentes, señalar sus consecuencias. En esta investigación, el historiador no podrá repetir exactamente aquellas ocurrencias ya pasadas. Podrá quizá imaginar "¿qué hubiera podido ser si tal hecho no hubiese ocurrido?" y proyectar así una nueva luz, siempre aproximativa, sobre el valor de lo que analiza. Pero, por ejemplo, a la hora de comprender el pasado colonial latinoamericano, el historiador tendrá que vérselas con el hecho de que ya los banqueros holandeses, alemanes, italo-austríacos se hicieron con el oro de

AGN

Indias que pasó deslumbrante por España. Para comprender este hecho irrepitable e irreversible el historiador tendrá que preguntarle: ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con qué consecuencias? ¿Quién? ¿Movido por qué fuerzas e intereses?

3.2. Para comprender el pasado irrepitable hay que interpretarlo

A nadie se le escapa que esta comprensión sólo se realiza mediante una interpretación (como de hecho ocurre en toda comprensión). Al historiar se da una dialéctica inescapable entre, por un lado, una realidad, una evidencia pasada que no habla si no se le pregunta; que calla más de lo que dice y que responde inmensamente más de lo que se le pregunta; y por otro lado, el historiador y sus métodos.

3.3. Los conceptos revelan y esconden la realidad

Para comprender y comunicar lo comprendido el historiador tiene que emplear conceptos, los cuales siempre comunican y mutilan la evidencia analizada. Para comprender y transmitir lo comprendido, el investigador apela a conceptos universales y también a nuestra experiencia. Sin ellos, no entenderíamos nada, pero ni nuestros conceptos, ni nuestras experiencias son exactamente aquellos que otros vivieron. Hablando de conceptos, tomemos por ejemplo la ineludible necesidad que tiene el historiador de establecer períodos. Así se expresa Cosío Villegas al respecto:

"... (es) ... bien sabido que la división periódica de la historia es convencional y arbitraria, y que no la corta el instrumento más afilado, pues la realidad es fluida, continua, como clara corriente de agua." 24

No obstante esto, ningún historiador escapa a esta formalidad como lo indica el mismo Cosío Villegas:

"Lo verdaderamente cierto es, sin embargo que nadie prescinde de dividirla de algún modo, y que principia uno a discurrir históricamente en cuanto propone una partición y ensaya fundarla." 25

Si esto pasa con los conceptos, apuntemos simplemente a la diversidad de las experiencias, ¿qué dirá del reciente proceso nicaragüense, un dominicano que haya vivido la guerra del 65, un exilado cubano, un español a quien "los rojos" le mataron al padre, un terrateniente hondureño, un cafetalero salvadoreño, un viejo hambriento, portuario con 50 años de mal pasar en el muelle?

Limitándonos de nuevo al campo de los conceptos, tenemos que a veces el historiador los empleará en un sentido metafórico, otras usará conceptos

técnicos cuyo valor disminuye a medida que son aplicados a campos ajenos a los de su concepción²⁶. Finalmente, también los investigadores usan tipos ideales (*idealtypus*) y con ellos iluminan determinadas ocurrencias, siempre conscientes de que la realidad analizada desborda todas sus tazas de medidas, como el calor humano de la ciudad supera el mapa frío que la representa.

La comprensión y comunicación de lo comprendido se profundizará cuando el historiador se atreva a jerarquizar los resultados de su investigación, ofreciendo de manera ordenada lo que considere ser las líneas maestras de un proceso, aquello que permite captar su significación, origen, resultados y principales protagonistas.

3.4. ¿Qué debe orientar la comprensión de la historia y la comunicación de lo comprendido?

Para algunos, como Pierre Vilar, resulta evidente que la tarea de comprensión debe centrarse especialmente alrededor de "los grandes rasgos de la evolución humana" pues ellos dependen de lo que Vilar llama "los hechos anónimos". ¿En qué consisten estos "hechos anónimos" y cuál es su importancia en la comprensión de la historia? Vilar responde:

*“...aquellos cuya repetición determina los movimientos de población, la capacidad de producción, la aparición de las instituciones, las luchas secretas o violentas entre las clases sociales —hechos de masas todos ellos que tienen su propia dinámica, de entre los que no se deben eliminar, pero sí resituarse, los hechos más clásicamente llamados históricos: incidentes políticos, guerras, diplomacia, rebeliones, revoluciones. Este enorme conjunto es susceptible de análisis científico como cualquier otro proceso natural, a la vez que presenta unos rasgos específicos debido a la intervención humana. La historia-conocimiento se convierte en ciencia en la medida en que descubre procedimientos de análisis originales adecuados a esta materia particular...”*²⁷

Otros, como Henri Irénee Marrou definen la tarea explicativa de la historia como:

*“...el descubrimiento, la captación, el análisis de los mil lazos que de manera quizá inextricable unen unos a otros los múltiples aspectos de la realidad humana, que ligan cada fenómeno a fenómenos vecinos, cada situación a sus antecedentes inmediatos o lejanos y de manera semejante, a sus consecuencias.”*²⁸

Marrou reconoce como legítimo y necesario el jaraquizar y sistematizar la red compleja de relaciones y "subrayar las líneas maestras"²⁹. También acepta que mientras más hondo cale la investigación del historiador, más aparecerán las relaciones estructurales de la realidad y las dependencias entre las diversas etapas de un proceso. Y sin embargo, Marrou enfatiza más la semejanza entre la malla tupida de explicaciones del historiador y la realidad histórica compleja e inabordable³⁰. Para Marrou, si bien es cierto que el quehacer histórico hace inteligible el pasado, hay que tener la honradez de reconocer que "la teoría (del historiador) precede la historia". A esta afirmación de Raymond Aron, Marrou le añade:

*"...la teoría, es decir, la posición consciente o inconsciente asumida por el historiador, las preguntas que él hace, los conceptos que emplea y sobre todo, los tipos de relación, sistemas de interpretación, valor relativo dado a cada uno. Es la filosofía personal del historiador la que le dicta la elección del sistema de pensamiento en función del cual él va reconstruir y —así lo piensa el historiador— llegar a explicar el pasado".*³¹

Marrou le tiene horror a esas grandes hipótesis, pues ellas: "...pueden fácilmente volverse grandes máquinas que impiden el comprender precisamente por su simplicidad consoladora y por su claridad cegadora. (Las grandes hipótesis) acaban por embotar la capacidad del historiador para ver la realidad en su auténtica e irritante multiplicidad."³²

La tarea de comprender y comunicar lo comprendido se efectúa a través de una interpretación que a su vez emplea conceptos, leyes, esquemas y apela a nuestra experiencia. Los esquemas hacen inteligible el pasado, lo jaraquizan alrededor de algún principio de inteligibilidad, ciertamente con base en lo ocurrido, sin que por ello queramos reducir lo acontecido al esquema que nos lo explica, pues como ya lo hemos visto, lo ocurrido permanece siempre en su "auténtica e irritante multiplicidad".

Todos estos cuidados, avisos y precauciones los tendrá presente el historiador al emplear su metodología, sin olvidar ni un segundo que todos sus afanes apuntan hacia la elaboración de un juicio crítico sobre tal proceso o personaje determinado. En un momento dado de sus investigaciones, cuyos pasos hemos resumido aquí, el historiador avanzará su juicio, tomará posición ante ciertos sucesos, sabiendo que desconoce todas las causas y variables, y sin pretender emitir un juicio definitivo, se esforzará por comunicarnos cómo ocurrieron las cosas, mientras prosigue sus cuestionamientos, pues también las historias de los historiadores son históricas.

Mediante la metodología histórica, el investigador se esfuerza por descubrir las líneas mayores del pasado, los procesos fundamentales que permiten comprender el presente fabricante de futuros. Mediante esta tarea inacabable conocemos más lo humano, las estructuras fundamentales que lo determinan y que él mismo produce.

Esta exposición sumaria de la metodología histórica nos presenta el historiar como un verbo en tensión fecunda y dialéctica.

Tensión entre el captar el pasado que no se ve, a partir de la observación de sus huellas; entre el apasionamiento concreto que mueve los engranajes del investigador y la frialdad necesaria para valorar sin trampas ni torturas la evidencia que analiza.

Tensión entre la necesidad de interpretar para comprender y el afán imposible por aproximarse a la realidad sin prejuicios, o al menos consciente de las pre-compresiones propias.

Tensión, en fin, entre el juicio que define, interpreta y selecciona para comunicar los trazos fundamentales que determinan un proceso, y esta realidad dos veces fugaz, por real y por pasada, que nos gozamos en intentar comprender, sabiendo que a lo sumo sólo la ignoramos doctamente.

NOTAS:

1. Cfr., Villar, *Iniciación*, pág. 17.
2. Cfr., Bloch, *Introducción a la Historia*, he usado la versión inglesa, *The Historian's Craft*. (New York: Vintage Books, Random House, 1953), pág. 27.
3. Daniel Cosío Villegas, "Segunda Llamada General", en *Historia Moderna de México*, Porfiriató. La Vida Política Interior. Parte II. (México: Editorial Hermes, 1972), pág. XVII.
4. Cfr., Bloch, *The Historian's Craft*, p. 14.
5. Villar, *Iniciación*, págs. 22 y 23.
6. Ernst Cassirer, *Antropología Filosófica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1979. [9a. reimpresión, 1ra. ed., en inglés en 1944], pág. 286.
7. Según el título de la conocida obra de Bernard Lewis, *History, Remembered, Recovered, Invented*.
8. Citado por Luis Villoro en su ensayo "El Sentido de la Historia", en Pereyra, Villoro y otros, *Historia, ¿Para qué?*, pág. 50.
9. Cfr. Jesús M. Aguirre y Berta Brito, "El Mito de Bolívar y su Función Política", *Comunicación, Estudios Venezolanos de Comunicación* (Caracas). 1983, Núms. 41-42, págs. 6-22 y Germán Carrera Damas, *El Culto a Bolívar* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969) [Hay un ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional].

10. Citado por Pereyra en su ensayo "Historia, ¿para qué?" en la obra del mismo título, pág. 12.
11. Cfr. R.G. Collingwood, *The Idea of History* (New York: Oxford University Press, 1956), págs. 21-24.
12. Citado por E. Cassirer, *Antropología Filosófica*, pág. 254.
13. Manuel Moreno Fraginals, *La Historia como Arma y Otros Estudios sobre Esclavos, Ingenios y Plantaciones* (Barcelona: Editorial Crítica, Grijalbo, 1983). Estas ideas de M. Fraginals aparecieron en J.S. Pérez Gazón, "El Compromiso Cívico de dos Historiadores", *El País*, "El País Libros", 11 de marzo de 1984. pág. 8.
14. Cfr., L. Suárez Grandes *Interpretaciones de la Historia*, págs. 172-226 y particularmente sus comentarios a las obras de Oswald Spengler. *Prusianismo y Socialismo* (1922) y *Años Decisivos* (1937), págs. 188-190.
15. E. Cassirer, *Antropología Filosófica*, pág. 270.
16. Cfr., J. Brom, *Para Comprender la Historia*, p. 43.
17. D. Cosío V. *Historia Moderna de México*, Parte II, pág. XIV.
18. La frase es de Marc Bloch en *The Historian's Craft*, pág. 40. Luis Gómez nos recuerda que ya Marx en el tomo I del *Capital* sostenía que: "Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones por lo tanto, unidad de lo diverso. Citado por L. Gómez en "Notas sobre los Diferentes Métodos en el Análisis Histórico", *Economía Política e Investigación Social*, pág. 218.
19. M. Bloch, *The Historian's Craft*. pág. 48.
20. Ya para 1447 Lorenzo de Valla había hecho las paces con el nuevo Papa Nicolás V, (1447 — 1455).
21. M. Bloch, *The Historian's Craft* pág. 122.
22. Cfr., Richard Konetzke, *Colección de Documentos para la Historia de la Formación Social de Hispanoamérica* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953), p. 57.
23. Cfr. E. Cassirer, *Antropología Filosófica*, pág. 262.
24. D. Cosío V *Historia Moderna de México*, Vol. I, pág. 11.
25. *Ibid.*
26. Cfr., H.I Marrou, *De la Connaissance Historique*, pág. 158.
27. Pierre Villar, *Iniciación al Vocabulario del Análisis Histórico*, págs. 26 y 27.
28. H.I Marrou, *De la Connaissance Historique*, pág. 184
29. *Ibid.*, pág. 186
30. Cfr., *Ibid.*, pág. 185
31. *Ibid.* págs. 187-188

32. *Ibid.*, pág. 192. J. Brom se expresa así al respecto: "...no se trata de presentar un recetario para la interpretación de cada caso concreto. Como sucede con toda concepción general, su aplicación a una situación individual requiere el estudio de ésta, ya que las normas generales nunca pueden expresarse en abstracto en la realidad sino en una interacción, enormemente compleja, de *lineamientos generales con influencias y elementos particulares*. No hay ley general cuyo conocimiento sustituya al estudio particular, pero si una ley es válida no puede quedar desmentida por éste." *Para Comprender la Historia*, págs. 256-157.

BREVE BIBLIOGRAFIA ANOTADA

Bloch, Marc

Introducción a la Historia

México: Fondo de Cultura Económica, 1972. [Traducción de *Apologie pour l'Historie, ou Métier d'Historien* París, 1952] Bloch (1886-1944) el llorado autor de *La Société Féodale* expone con sencillez y seriedad, qué es la historia y 4 componentes básicos de su metodología: observación, criticismo, análisis y causalidad — el último incompleto debido a su tortura y muerte a manos de los alemanes el 16 de junio de 1944. Junto con Lucien Febvre, Bloch había fundado en 1929 los *Annales d'histoire économique et sociale*, publicación crítica de la historiografía convencional que combinaba una visión humanista de la historia con los métodos y preguntas de otras disciplinas, ampliando el horizonte de investigación del historiador. Entre los máximos exponentes de esta escuela se encuentra Fernand Braudel con su monumental obra, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à la époque de Philippe II* (1949). Para una obra similar a la de Bloch, dentro de la tradición inglesa, ver Edward H. Carr, *What is History* (1962). [Hay traducción en Seix Barral de Barcelona].

Como obra básica baste citar la de Jerzy Topolowski, *Metodología de la Historia* (Madrid: Ediciones Catedra, S.A., 1982) pág. 519: (1ra. ed., Poznam, 1966). Para una introducción ver, *Metodología de la Investigación Histórica*, compilación de Adelaida Plasencia. (México: Ediciones Quinto Sol, S.A., sin fecha).

Brom, Juan

Para Comprender la Historia

México: Editorial Nuestro Tiempo, S.A., 1977, pág. 164.

[1ra. edición en 1972]. Más de 20 ediciones de esta pequeña obra hablan por sí solas de su excelente pedagogía al explicar qué es la historia, su historia y finalidad, cómo trabaja el historiador y las leyes del desarrollo social.

Cassá, Roberto

Elementos Introdutorios a la Teoría Materialista de la Historia

Santo Domingo: Editora Corripio, 2da. ed., marzo, 1982, pág. 102.

Claro, conciso, lógico y pedagógico, Cassá expone la metodología histórica marxista centrada sobre el trabajo, aclarando varios instrumentos fundamentales de comprensión: las fuerzas productivas, las relaciones y los modos de producción, su dinámica, la formación social y particularmente las clases sociales. Ni el marxismo staliniano soviético (cfr. p. 92), ni la "Gran Revolución Cultural" (cfr. p. 93) se libran de la crítica honrada de Cassá. La obra carece de índice. También en la línea marxista las "Notas sobre los Diferentes Métodos en el Análisis Histórico" de Luis Gómez, en *Economía Política e Investigación Social*, Santo Domingo: Ediciones Dominicanas Populares, 1982, págs. 205-219. La descripción general de los métodos "no rebasa la forma de un agrupamiento de notas" útiles para "la reflexión y debate" (pág. 205).

Hexter, J.H.

Doing History

Bloomington & London: Indiana University Press, 1971, pp. 172

El capítulo 2, "The Rhetoric of History" es el ensayo más brillante que conocemos acerca del arte de escribir historia. Para Hexter, el historiador en su afán por transmitir lo que sabe acerca del pasado tiene que sacrificar a veces la exactitud en aras de la evocación (cfr., pág. 19). El Capítulo 2 apareció en **The International Encyclopedia of the Social Sciences**. [Hay traducción en español]

Leff, Gordon

History and Social Theory

New York: Anchor Books, Double Day & Co. Inc, 1971, pp. 102.

Retomando temas ya expuestos en su **Tiranía de los Conceptos**, G. Leff examina aspectos controversiales del quehacer histórico, su status, las nociones de contingencia, explicación, evaluación, periodicidad y entre otras el tan polémico concepto de clase y su alcance. G. Leff sostiene que "La única justificación para cualquier categoría llámese x o z , es que vuelve la evidencia más inteligible, en el caso de que la evidencia la fundamente. En la mayor parte de la historia registrada, ninguna de estas dos condiciones se cumplen en lo que a las clases se refieren. . ." (pág. 164) — "Toda la evidencia de la historia nos aleja de las clases como fundamento de la acción y de la conciencia". (pág.165).

Lewis, Bernard

History, Remembered, Recovered, Invented.

New Jersey: Princeton University Press, 1975, pp. 102.

La erudición del Prof. Lewis nos llama a la sobriedad a la hora de hacer cualquier afirmación del pasado. Lewis muestra lo delicado que es tratar la evidencia sobreviviente del pasado, sin distorsionarla por nuestros intereses presentes, que si bien nos empujan a investigar el pasado, nos tientan a seleccionar determinados segmentos. [Hay traducción en el Fondo de Cultura Económica, México, 1979]

Marrou, Henri—Irénee

De la Connaissance Historique

París: Editions du Seuil, 1966, (5ta. ed. 1ra. en 1954) pp. 307.

Marrou conduce una reflexión exigente sobre los presupuestos epistemológicos del quehacer histórico. El en otro tiempo profesor de la Sorbona, examina con viveza y lealtad: el surgimiento de la filosofía crítica de la historia, la historia como conocimiento, el historiador, los documentos, las condiciones y medios de comprensión de la historia, los conceptos, la explicación y sus límites, lo existencial en la historia, verdad, utilidad en la historia, el escrito histórico, la fe histórica. La dialéctica entre lo inefable-singular y la necesidad de la universalidad para la comprensión y comunicación, recorre toda la obra.

Meyerhoff, Hans

The Philosophy of History in Our Time

And Anthology Selected and with an Introduction and Commentary by H.M.

New York: Anchor Books, Doubleday, 1959, pp. 345. Bibliografía, 346-350.

Meyerhoff presenta una cuidadosa selección de escritos sobre historia de filósofos e historiadores del siglo XX. El debate que transita sus páginas se resume en dos temas: la naturaleza y validez del análisis histórico y el papel del historiador en el descubrir y confirmar la experiencia pasada de la humanidad. Su introducción (pág. 1-25) es un excelente resumen de las relaciones entre historia y filosofía a lo largo de los siglos. En castellano y con un campo más reducido tenemos, de Luis Suárez, **Grandes Interpretaciones de la Historia**, Barañain/Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S.A. (EUNSA), 1976, pp. 237. Pequeña y útil bibliografía, pág. 239.

Iniciación al Vocabulario del Análisis Histórico

Barcelona: Editorial Crítica del Grupo — Editorial Grijalbo, 1ra. ed. 1971, pp. 311.
(1ra. ed., en París 1979).

Vilar ha pretendido escribir un trabajo de historia atento a los logros de las otras ciencias humanas. Sus reflexiones parten del oficio de historiador y precisan el contenido de la palabra historia. Vilar se separa de una noción de historia centrada sobre los documentos y la experiencia, para construir un análisis científico, enfocando los hechos anónimos, los hechos de masas y su dinámica. Vilar examina con rigor realidades básicas como: historia, estructura, coyunturas, las clases sociales, pueblos, naciones, estados y el capitalismo.

Pereyra, C, Villoro, L. y otros

Historia, ¿para qué?

México: Siglo XXI editores, 1980 pág. 245.

Respondiendo a una invitación del Archivo General de la Nación de México, diversos historiadores presentan sus ensayos en torno al porqué y para qué "se rescata, se ordena y se busca explicar el pasado", p [7]